

de gran perseverancia y de no escasos sacrificios para hacerse de documentos inéditos ó de libros raros, con los cuales han dado interés á sus escritos y bibliografías.

Por otra parte, las publicaciones hechas en el extranjero, especialmente en España, sobre asuntos históricos americanos, algo han contribuido tambien á dilucidar muchos puntos y á impulsar esta clase de estudios. Las *Cartas de Indias*, por ejemplo, que es un libro monumental y costoso, encierra tesoros de inestimable valía, que han sido estudiados con esquisita diligencia por nuestros escritores y bibliógrafos.

De desearse es, pues, que las aficiones á los estudios históricos nacionales no se pierdan entre nosotros, ni nadie se desanime á proseguirlos, por grandes que sean las dificultades con que haya que luchar.

La literatura ganaría mucho en ello.



BIOGRAFÍA DE PESADO

POR D. JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

I

LOS años huyen, los hombres desaparecen, las sociedades se modifican y renuevan; y del tiempo, de los actores y de la escena del mundo no van quedando recuerdos y datos sino en la historia, sin la cual los sucesos y personajes de una época no podrían servir de enseñanza y ejemplo á las nuevas generaciones. Pero, teniendo que atender la historia al conjunto de los hechos y personalidades que más directamente han influido en la marcha y la suerte de la humanidad, deja á la biografía el estudio del carácter y acciones de las individualidades que en cada pueblo se han distinguido, para aprovecharse de lo más importante de su labor, á semejanza de un río que se va engrosando con sus afluentes. Son, pues, los estudios biográficos parte del archivo que el historiador utiliza, y, sabido su destino, se comprende el espíritu de verdad y justicia que debe animarlos.”

Con estas palabras, en que breve y discretamente se hace el elogio y se demuestra la importancia de una de las ramas más bellas de la historia, comienza el Sr. Don José María Roa Bárcena su *Biografía de D. José Joaquín Pesado*, obra escrita el año de 1873, publicada después en las columnas de *La Voz de México*, y dada á luz últimamente por su autor en limpia y correcta edición. ¹—Conviene llamar la atención del público hácia los libros de positivo mérito que aparezcan entre nosotros y hácia los esfuerzos de nuestros más hábiles y distinguidos hombres de letras: por esto juzgo necesario decir algo acerca de la expresada *Biografía*, ya que, además, trabajos de esta naturaleza son rarísimos aquí y pueden ejercer trascendental influencia en la marcha y adelantamiento de nuestra literatura.

II

Quejábame yo en otro artículo ² del abandono é indiferencia con que se ven en México los estudios históricos; y creo que no hay necesidad de insistir más sobre un punto en que todos deben estar conformes, atendida la importancia de la materia.—En efecto, hay entre nosotros poetas, novelistas, autores dramáticos, periodistas, etc.; pero historiadores casi faltan por completo. Los manuscritos de nuestros archivos permanecen vírgenes, apolillándose y acabándose sin que nadie vaya á registrarlos: ninguna

¹ Año de 1873.

² *El estudio de la historia.*

investigación de importancia turba la quietud de esas oficinas; ninguna obra antigua se examina, ni nadie procura aclarar cuestiones oscuras en nuestra historia buscando libros raros y crónicas desconocidas.—Tan solo D. Joaquín García Icazbalceta, D. Manuel Orozco y Berra, D. Alfredo Chavero y algunos otros, se dedican en México á este género de labores, pero raras veces, ó casi nunca, el fruto de ellas es de utilidad para el público, por la sencilla razón de que éste no se fija ó no las juzga de importancia. En los artículos de periódico, en los discursos, en las discusiones y aún en ciertos libros que gozan de autoridad, se ven por aquella causa los errores de siempre; y esto naturalmente extravía el criterio del pueblo, siembra en el corazón de los hombres, desde niños, absurdas preocupaciones, y contribuye á que más tarde no sepan hacer justicia á quienes deben mostrarse agradecidos.

La historia nacional es una mina inagotable, que en muchos partes se halla todavía intacta; y si bien es cierto que en México no existen todos los elementos que se han menester, también es verdad que lo poco que hay basta para que algunos emprendan diversas investigaciones y comiencen á trabajar. En nuestro Archivo General se conservan las obras de nuestros antiguos escritores y cronistas, y allí están igualmente otros documentos y manuscritos curiosos que arrojan bastante luz sobre acontecimientos apenas conocidos.—Y entre todas las ramas de la historia, ninguna hay tan importante sin duda como los trabajos biográficos. La biografía es

un medio eficazísimo para despertar en los individuos aspiraciones nobles y honradas, deseos de distinguirse por el bien, por el trabajo y la práctica de levantadas virtudes; ella, dando á conocer la vida de un varón ilustre, sus luchas y sus esfuerzos para realizar generosos propósitos; describiendo sus triunfos, sus costumbres y sus obras, al mismo tiempo que reprobando enérgicamente los errores y las culpables condescendencias,—estimula á seguir siempre el buen camino, á luchar con fé, y á procurar por todas maneras el estricto cumplimiento del deber. Tal es el bien que hace la biografía: enseña con ejemplos, y en esto consiste su grande utilidad y poderosos atractivos.

Y en México hemos tenido hombres verdaderamente notables, cuya vida merece ponerse de modelo en todo tiempo. ¡Qué galería tan interesante podría formarse con ellos! ¡Cuántos guerreros heróicos hasta el sacrificio, cuántos hombres humildes hasta la santidad, cuántos hombres de Estado de sabia y admirable prevision, cuántos industriales modestos y oscuros que á fuerza de laboriosidad y constancia lograron una posicion brillante y honrosa! ¡Cuántos ejemplos, en fin, de virtud, de valor y de abnegacion para esta sociedad egoísta y vana!

Desde la época de la independenciam hasta nuestros días, el interés de la historia nacional crece por sus hechos y sus hombres notables, y crece de una manera extraordinaria. Rotos los vinculos que nos ligaban con la metrópoli, dueños ya de nuestro país y de sus destinos, muchos talentos distinguidos aparecieron en nues-

tra patria, unos con dotes para gobernar y otros para manejar la pluma; éstos, poetas; aquellos, hábiles catedráticos en los colegios y liceos; unos oradores insignes, y otros jurisconsultos, artistas, escritores de costumbres, novelistas y autores dramáticos. Los señores Lacunza y Quintana Roo, Olaguíbel y Lares, Pesado, Carpio, Calderon y Rodríguez Galvan; D. Bernardo Couto y D. Alejandro Arango, Sanchez de Tagle, Gorostiza, Ortega, Otero, Cuevas, Alaman y otros muchos; brillante pléyade en que México fundaba sus más legítimas y hermosas esperanzas; "patricios en quienes la política no mató ni resfrió el amor á las letras; sabios que en bien de la sociedad y de la patria pusieron en circulacion el tesoro de sus conocimientos, aplicándolos á todas las cuestiones importantes de su tiempo; escritores á quienes la grandeza de las ideas y la intensidad de los afectos no hicieron descuidar la claridad y galanura de la frase; hombres notables, de consiguiente, en su triple carácter de ciudadanos, literatos y artistas."—Cae Santa-Anna, y llega la época de la reforma; época de enojosas luchas, de dolorosos conflictos, de ódios y venganzas, de encendidas discusiones en la prensa y en la tribuna. Nuevos hombres y nuevos acontecimientos. — Pues bien: ¿cómo no ha de tener interés todo esto para el historiador y para el biógrafo?

III

Acabada esta digresion, tal vez demasiado larga para ser oportuna, hablemos de la obra del Sr. Roa Bárcena.

Sin duda es D. José Joaquin Pesado una de las figuras más importantes, más dignas y simpáticas de nuestra historia contemporánea. Su nombre está mezclado á los acontecimientos de una época no muy lejana y se halla unido también á nuestra historia literaria.—Hé aquí con qué precision, método y claridad compendia el autor la vida de Pesado:

“Sin padre desde sus primeros años y limitado á los cuidados maternos, que casi nunca bastan para formar un hombre cabal; sin estímulos de instruccion, sin cursar en academias ni colegios, estudia y aprende por sí solo; y al par que rige y acrecienta sus bienes patrimoniales adquiriendo en los negocios inteligencia y tacto, se familiariza con idiomas extranjeros y ciencias morales y exactas; se hace maestro en la estética por medio del exámen y apreciacion de las obras clásicas de la literatura antigua y moderna, y llega á enriquecer él mismo la poesía lírica nacional con producciones que sirven de modelo á los demás cultivadores y dan notable impulso al adelanto de tal género. Nacido cuando aparecen los primeros síntomas de la lucha de independencia, sufre en su familia algunas consecuencias de la guerra; aspira las auras vivificantes del triunfo; abraza las ideas liberales que se aliaban con el espíritu patriótico y la es-

peranza halagüeña de un porvenir sereno y glorioso, y se convierte en apóstol de ellas, sin preservarse en los consejos ni en la prensa de las exageraciones en que incurrió su partido. Diputado á la legislatura de Veracruz, depositario provisional del poder Ejecutivo del mismo Estado, y ministro del Interior y de Relaciones Exteriores varias veces, coopera al gobierno del país; y en sociedades científicas y literarias y empresas agrícolas, mineras é industriales, promueve é impulsa todo linaje de mejoras con la actividad que le era propia. Sincera y profundamente apegado á las ideas y los sentimientos religiosos debidos á su educacion, y de que no se apartó por completo ni en los años juveniles de más exagerado liberalismo, como lo demuestra el espíritu de muchas de sus composiciones poéticas de aquel tiempo, las primeras emergencias de 1855 en que se descubrían sin esfuerzo tendencias sostenidas á la reforma posteriormente ejecutada, halláronle, aunque retirado de los negocios públicos, del lado de quienes, ante los amagos del huracan revolucionario, no habían vacilado en sacrificar la libertad política en las aras de la paz y del orden. El conocimiento y la experiencia de las cosas y de los hombres habíanle traído á ese temperamento; y no pudiendo en individuos de su temple dejar de seguir la accion á la idea, con la franqueza y el valor civil geniales suyos, enarboló en la prensa la bandera del catolicismo, consagrando á la defensa de tan noble causa—que es la de la civilizacion—y de las doctrinas é instituciones emanadas de su principio, los escritos que en

La Cruz llamaron la atención pública de 1856 á 58, y que fueron los últimos debidos á su pluma.—Por adversa que haya sido la suerte, y por grandes que estimemos las aberraciones de quienes sostuvieron en otros terrenos esa misma bandera, la convicción, la claridad y la lógica que resaltan en los artículos de Pesado hacen que su última campaña periodística sea gloriosa, no solo para él, sino también para la causa que defendió y para la nación que le contó entre sus hijos. Y como si la Providencia hubiera querido evitarle las pruebas y amarguras en que muchos de sus correligionarios se hallaron posteriormente, descendió Pesado al sepulcro sin que nadie pudiera empañar su nombre; ántes de las últimas escenas y del desenlace del drama en que había sido actor; ántes de que la sociedad á que perteneció viera cambiadas por completo sus bases con el triunfo definitivo de la reforma.”

IV

Unido, pues, como decía ántes, el nombre del Sr. Pesado á los acontecimientos principales de la época, el entendido biógrafo hace de éste un estudio completo y detenido, presentando á la vista del lector todo lo que en ella hubo de interesante y grave, todo lo que de alguna manera influyó en la marcha y las modificaciones de la sociedad mexicana. Hombres, sucesos y cambios políticos; luchas en el Parlamento y en el campo del periodismo; agitaciones del pueblo y de los partidos; instituciones, literatura, diplomacia; todo lo estudia y examina el Sr. Roa

Bárcena con una habilidad, orden y método dignos del mayor elogio. De aquí que pueda decirse con entera exactitud que su libro es la historia de aquellos años, de aquella época fecunda en enseñanza y en ejemplos. Y en medio de todo, el autor no se olvida del carácter y objeto de su escrito: va siempre dibujando con precisión los cambios que sucesivamente se efectúan en el teatro en que figura su héroe, y cuida de presentarlo constantemente trabajando en pro de la patria, interesándose en su progreso y prosperidad, impulsando con sus obras el adelanto de la literatura y formando el buen gusto de la juventud: unas veces le vemos entregado á los áduos trabajos del ministerio, y otras pulsando la armoniosa lira del poeta; ya en su vida privada se nos manifiesta tierno y amoroso, buen esposo y excelente padre de familia; ya en su vida pública da muestras de entereza y energía extraordinarias y de alto patriotismo.—Sus luchas en la prensa, su habilidad para entablar y sostener interesantes polémicas, para darles atractivo, enseñar y corregir con ellas á sus enemigos, su constante empeño en hacer triunfar la verdad y la justicia, en defender á la patria y ver por su bienestar y prosperidad, hacen de este período de la vida de Pesado el más importante y acaso el de mejores frutos. Cuanto trabajó entonces por la causa de la religión, de la justicia y del derecho le hace acreedor á una eterna gratitud y admiración por parte de los corazones honrados. En sus escritos brillaban siempre una lógica inflexible, un saber profundo y vastísimo, una solidez de doctrina incomparable.

Sus artículos de polémica eran sinceros, claros, caballerosos, y se notaba en ellos, además, una rectitud de intencion superior á todo elogio. Refutaba con valor y energía las doctrinas filosóficas, políticas, sociales y aún científicas publicadas y aplaudidas por los impíos de la época; analizaba á la luz de la razon y de la filosofía cristianas los discursos del Congreso; combatían los principios sostenidos por los periódicos de mayor influencia y circulacion; y en fin, defendía con incansable afan los fueros sagrados de la religion y de la patria, de la familia y de la sociedad. En el curso de estas polémicas mostróse siempre D. Joaquin Pesado amante del bien público, celoso del engrandecimiento de México, conocedor de sus necesidades y profundamente adicto á sus creencias religiosas. Y el Sr. Roa Bárcena estuvo muy acertado en la exposicion de estos trabajos; los describe todos con claridad y sencillez, y observa con verdad que “la série de sus artículos en las secciones de exposicion y controversia de *La Cruz* ofrece un curso completo de filosofía cristiana.”

Entre otros puntos de la *Biografía* dignos de estudio, merecen citarse: las curiosas noticias acerca del establecimiento de las sociedades secretas en México, y de la influencia que llegaron á tener en las disposiciones de los gobiernos, en las leyes y en el porvenir del país; la pintura de la situacion política en 1838, en que acontecieron las graves complicaciones con Francia; los juicios y comentarios acerca de las mismas y de la guerra con los Estados Unidos; el capítulo dedicado á examinar un incidente y un

documento que figuran en la historia eclesiástica de México, notable por su copiosa erudicion y rectitud de criterio; lo mismo que el estudio crítico de todas las obras de Pesado, en que se ve la justicia é imparcialidad del biógrafo, y la pericia, sana intencion y claro saber del literato docto y entendido. Pero lo más notable sin duda del libro es lo que se refiere á la última campaña periodística de Pesado: hay tal método, tal claridad, tan atinadas observaciones; con tanta precision describe el Sr. Roa Bárcena el espíritu y manera de las discusiones, la influencia que ejercían en el público, la impresion que causaban en amigos y enemigos, que el lector no puede ménos de ver con honda y sincera simpatía á aquel batallador incansable de la idea cristiana, á aquel anciano venerable y sabio, al par que enérgico, que medía sus armas con las de los hombres del partido contrario, los de más prestigio y poder; aquel literato y poeta distinguido que empleaba sus dotes en beneficio de la buena causa, en favor de la patria y de la sociedad.—Todo esto lo consigue el biógrafo, merced á su tino y excelente método.

V

“Sin disputa ha sido Pesado—dice el Sr. Roa Bárcena al juzgarlo literariamente—el más fecundo de nuestros poetas, y merece notarse que las producciones de sus últimos años, sin carecer de la inspiracion y frescura de las de su juventud, iban siendo más profundas en sus ideas y mucho más correctas en su forma; debiéndose

lo primero á lo inalterable de su fé religiosa y á la pureza de sus afectos y costumbres, y lo segundo á sus constantes estudios y á su espíritu esencialmente investigador de la perfeccion y de la verdad en todas las cosas. Y si sus obras más perfectas no excitaron el aplauso ni obtuvieron la boga que los primeros acordes de su lira, debido fué á la modificacion del gusto literario por efecto de las circunstancias expresadas en el anterior capítulo; ó, por hablar con más verdad, á la falta casi absoluta de tal gusto bajo el imperio del materialismo y en lo más recio de nuestras luchas intestinas, en que pocos atesoran la tranquilidad indispensable para gozar de las bellas artes. . . .—Se podría establecer que la verdadera importancia de nuestro poeta reside en su carácter de pensador elevado y en su buen gusto de hablista. . . .—El mérito principal de sus obras estriba en la moralidad y alteza de las ideas, en la nobleza y ternura de los sentimientos, y en la claridad, pureza y elegancia de la dición.”

Por lo demás, ya se comprende fácilmente que la notable produccion del Sr. Roa Bárcena es de positiva importancia, ora se la considere bajo el aspecto puramente literario, ora bajo el interés histórico en que abunda; está escrita con propiedad y elegancia suma; el estilo es fácil y castizo, sin que carezca por eso de elevacion; y todos los pensamientos son verdaderos, acertados y juiciosos. Lo cual no debe sorprender á los que saben que el Sr. Roa Bárcena es uno de nuestros mejores literatos.—Obras como la suya son de las que ha menester la juventud de nues-

tro país, para que las imite en sus trabajos, se inspire en los altos ejemplos de insignes mexicanos, y se convenza de que nuestra historia encierra preciosísimos tesoros, con que puede enriquecer, si quiere buscarlos, la literatura nacional. Y en todo caso, como dice el autor de esta *Biografía*, “si la tarea fuese estéril para la actual generacion, acaso las siguientes la utilicen.”





"QUETZALCOATL",

ENSAYO TRÁGICO POR D. ALFREDO CHAVERO.

I

UZGO y juzgaré siempre de la más alta importancia los trabajos de nuestros escritores, relativos á la historia antigua de México. Todo lo que me trasporta á aquellos tiempos que los siglos venideros llamarán de fábula, á mí me encanta, y lo encuentro interesante, nuevo y hermoso. Débese esto, no sólo á que los sucesos se me presentan ataviados con las galas de la poesía, y á que me conmueve el recuerdo de nuestros héroes, de sus hazañas gloriosas, y de la belleza y candor de las belldades indias, sino tambien, á que creo que en el cultivo de la historia de nuestro país está la verdadera fuente del engrandecimiento de nuestra literatura.—Algunos ensayos se han hecho ya, y muy felices por cierto: Pesado en *Las Aztecas*, el Sr. D. José María Roa Bárcena en sus *Legendas mexicanas*, D. José Peon y Contreras en sus *Romances históricos*, D. José Luis Tercero

en su poema *Netzahualpilli*, y últimamente D. Nicanor Contreras Elizalde, que pronto dará á conocer su gran obra, su poema histórico *Netzahualcóyotl*, han tomado asuntos del antiguo pueblo mexicano, para tratarlos en obras que ocuparán siempre distinguido lugar en nuestros anales poéticos. Para el teatro, el Sr. Peon y Contreras ha elegido episodios y dramas de la época virreynal, y todos hemos visto en la escena á Cortés, á Gil Gonzalez de Avila, á los oidores, y á otros personajes de la sociedad mexicana de los siglos XVI y XVII.

Pero el Sr. D. Alfredo Chavero ha sido el primero, si no me engaño, que, remontándose un poco más, ha ido á buscar sus inspiraciones para el teatro en los tiempos más lejanos de nuestra historia, en las bellezas nativas de nuestro suelo, en personajes de la raza azteca en una época en que ésta no había recibido todavía ninguna liga y en que aquellos conservaban intactos, de consiguiente, sus instintos guerreros y los sentimientos de altiva independencia propios de su carácter. El Sr. Chavero ha sido el primero que nos ha presentado en la escena á las antiguas indias, bellas y amorosas, de miradas tiernas y corazon de paloma.—Y en verdad, que nadie más á propósito que él para acometer empresa semejante y salir airoso de su desempeño. Poeta, anticuario y erudito, lo reune todo para imaginar, con su brillante fantasía, interesantes cuadros dramáticos ajustados á la verdad histórica. Su fama de literato de buen gusto, de conocedor profundo de nuestra historia antigua, de arqueólogo entendido y diligente, la ha con-

quistado en la difícil y fatigosa labor en que tanto se distinguió el inolvidable D. José Fernando Ramirez, y en que siguen siendo los primeros maestros D. Joaquin García Icazbalceta y D. Manuel Orozco y Berra.

Xóchitl fué el drama de esta naturaleza que primeramente dió á la escena el Sr. Chavero, y el triunfo que con él alcanzó fué tan lisonjero como justo y merecido. La sencilla trama del argumento, la novedad de los cuadros, lo bien delineado de los caracteres, realzado todo por una versificación fácil, apasionada y sonora, hicieron de aquel feliz ensayo una perla de nuestro teatro, precursora de otras obras que tendrían su principal y mayor encanto en el asunto tratado en ellas.—Despues, escribió el Sr. Chavero su ensayo trágico intitulado *Quetzalcoatl*, tomando como fundamento “el mito de aquel nombre, que al mismo tiempo es una personalidad histórica,”—segun él mismo dice,—y combinando esa tradicion con algun otro episodio tomado de un antiguo códice.

II

Estrenóse la obra en el Teatro Principal de esta ciudad, la noche del domingo 24 de Marzo de 1878; y en un templo cuya propiedad de detalles tocó á los anticuarios examinar, aparecieron Huemác, sacerdote, y Papántzin, antiguo jefe tolteca. Ambos hablan de Quetzalcoatl, hombre extraordinario y desconocido venido del Oriente, el cual predica una doctrina nueva que en poco tiempo ha cambiado los ritos y las

costumbres; ha sustituido los dioses indios con una sencilla cruz, y se ha hecho proclamar rey. Xóchitl, jóven india de gran belleza, hija de Papántzin, ama y es amada de Quetzalcoatl, quien al formar alianza con Huitzilihuitl, jefe de la tribu azteca, ofrece á éste entregarle despues, en premio de su lealtad, á la mujer que adore.

—¿Quién es?—le pregunta.

—Xóchitl,—contesta el guerrero.

Y Quetzalcoatl calla sin retirar su promesa. —Delante de los sacerdotes, que lo sorprenden profanando el templo con caricias amorosas, declara él que Xóchitl será su esposa. Sábelo Huitzilihuitl, y con el furor natural de los celos, jura vengarse, uniéndose luego al pueblo que se ha sublevado contra Quetzalcoatl. Papántzin dice al azteca, que si logra arrancar del lado del rey á aquel "tesoro de candor y de hermosura," Xóchitl será suya, al mismo tiempo que el sacerdote, por su parte, le promete en nombre del dios la corona real.

En el segundo acto, aparece que los hijos del país han quedado vencidos en aquel conflicto: Quetzalcoatl es todavía rey, comparte el trono con su esposa Xóchitl, y todos sus enemigos lo rodean y lo acatan sin guardarle resentimiento. El sacerdote Huemác lo adula, él está tranquilo, y Huitzilihuitl llega á exigirle el cumplimiento de la promesa que le hizo, de entregarle á Xóchitl, por más que no le asista ya ningun derecho, desde el momento en que le abandonó traicionando su bandera y uniéndose á sus enemigos. Llega en esto la reina y oye aquel violento altercado; y al saber que el que es ya su

esposo la ofreció á otro, léjos de indignarse, le exige tambien que no manche su honor faltando á su palabra.

—¿Prometiste darme?—le dice.—Pues dame.

Más firme es mi pasión que dura roca
Que en vano azota con furor la mar.
Pero quiero que el rey por quien aliento
Guarda, digno de mí, su juramento.

Quetzalcoatl cede, y entrega á Xóchitl á su enemigo; pero entónces declara ésta á Huitzilihuitl que no lo ama ni puede amarlo; y que pues ya el rey cumplió entregándola, se vuelve con él, porque *Xóchitl cumple como cumple el rey*.—Queda el infeliz azteca harto humillado, y víctima otra vez de los más furiosos celos, renueva sus propósitos de venganza. Papántzin llega con el mismo intento: el usurpador le ha arrebatado á su hija, y el odio que hácia él abriga ha crecido desde que le perdonó en la guerra.

—He descubierto un licor—dice Papántzin —que adormece los sentidos, y si el rey lo toma, puede caer fácilmente en nuestras manos.

En efecto, ofrece á Xóchitl aquel néctar, gusta de él Quetzalcoatl, y ambos caen embriagados al pié mismo del trono. Ven los sacerdotes esta escena, se indignan ante aquel espectáculo, y declaran solemnemente que, segun sus ritos, el rey se ha hecho indigno de llevar la corona. —En medio del sueño, Xóchitl oye que su padre y Huitzilihuitl intentan asesinar á Quetzalcoatl; y en el momento en que se acercan á él,

los detiene, amenazándolos con quitarse ella misma la vida si dan un paso más.

—Pues que mueran los dos—exclama el desesperado Huitzilihuitl, dirigiéndose á ellos con el arma homicida en la mano. Mas el padre de la india defiende á su hija escudándola con su cuerpo, y cae el telon.

Tercer acto: en el templo, los sacerdotes tratan de elegir nuevo rey, porque Quetzalcoatl no sólo ha perdido todo derecho por sus vicios, sino que ha muerto en medio de la embriaguez.—Aparece Huitzilihuitl y recuerda al gran sacerdote que el dios le ofreció el trono; pero todos deciden que no puede ser nombrado, primero, por no haber matado al rey como juró, y luego, porque es extranjero, y

Loco

Es aquel pueblo que al extraño entrega
Sus destinos.

El azteca, como es natural, no se conforma, y anuncia que sus tribus están fuera del templo, y que éste va á ser asaltado. Pero los sacerdotes proceden entónces con más cordura: lo desarman, condénanlo á muerte, y allí mismo es sacrificado al dios del templo.

Aclamado rey Papántzin, niégase á aceptar la corona, siendo lo más extraño que se acusa lleno de remordimiento de haber hecho la guerra á Quetzalcoatl, y confiesa que éste era *el mejor monarca*. Por fin, despues de llorar la desgracia de su hija, cae muerto al pié del altar.—Huemác, sacerdote, es aclamado soberano, y

en aquel momento aparece Quetzalcoatl con una cruz en la mano. Prostérnanse todos delante de él pidiéndole perdon; pero el nuevo rey, creyéndole fantasma y viendo que no se retira, aunque se lo ha mandado con imperio, cae desmayado en brazos de sus compañeros.—Quetzalcoatl dice entónces que no es fantasma, que él y Huemác viven todavía; pero que no pudiendo ya permanecer en el país, se vuelve al Oriente de donde vino. Les deja, en efecto, la cruz, y se va.—Viene Xóchitl: duda que su amado la abandone, niega lo que ha oído al entrar allí, ruega que lo detengan, y al ver muerto á su padre dice las frases que le dicta su locura. Toma, por último, la cruz, recuerdo vivo de Quetzalcoatl, y el *ensayo trágico* concluye con una profecía de la jóven india, relativa á que vendrán hombres del Oriente á plantar en esta tierra la enseña de la redencion.

III

Tal es el argumento de la obra del Sr. Chavero; y ántes de manifestar acerca de ella lo que pienso, bueno será recordar que en una tragedia, los acontecimientos, el desarrollo de la trama, los caracteres, etc., deben ser extraordinarios y grandiosos, de tal manera extraños, que sin rayar en inverosímiles se aparten mucho de los que vulgarmente vemos en la vida. El lenguaje debe tambien ser propio de la época y de los personajes.

Pues bien: el asunto elegido por el Sr. Chavero no me parece á propósito para la tragedia,
C.—28

y así como está, ni aún para el drama. En la tradición de Quetzalcoatl hay tales brumas é incertidumbre, tan aventurado es lo que de ella puede decirse, no obstante las repetidas investigaciones de los arqueólogos é historiadores, que no es posible fundar en aquel mito ningun argumento para obras literarias del género dramático. Ignorándose quién fué Quetzalcoatl, cómo vino á esta tierra (si vino), qué hizo, y cuáles fueron las causas que lo alejaron de nuestras costas, paréceme aventurado y peligroso urdir fábulas en que de una manera tan notable se toque la historia de un pueblo antiquísimo. Aparte de los errores que esto puede sembrar en el auditorio; aparte también de que el teatro jamás debe convertirse en cátedra de historia, juzgo de suma trascendencia para la literatura el extraviar así los nobles y altos fines del arte. —Es cierto que en las tragedias de los griegos se mezclan siempre la fábula y la historia; pero obsérvese que allí tienen perfectamente marcado cada una su límite.

Por lo demás, faltan en *Quetzalcoatl* poderosas y grandes pasiones, es decir, aquellas que deben suponerse en un personaje de tragedia. Ningun acontecimiento terrible y lastimoso ve allí el espectador, ninguna lucha atormenta al protagonista, ningun secreto se oculta en la trama de la obra, ningunos tremendos infortunios y dolorosas escenas la desenlazan. —¿Quiso el Sr. Chavero tratar el asunto del establecimiento de una nueva religion entre los aztecas? ¿Fué Quetzalcoatl el héroe de esta cruzada? No se sabe: cuando el telon se alza, la cruz está ya en

el templo, el que la ha traído es rey, y sólo piensa en vulgarísimos amores. A causa de ellos tiene enemigos, la embriaguez le arrebató el trono, y no pudiendo satisfacer más sus pasiones, huye dejando á la mujer amada y abandonando su obra sin decir por qué. —¿Cabe hacer una tragedia con estos acontecimientos? El desarrollo que les dió el Sr. Chavero me parece absurdo. Desde el momento en que los sacerdotes y los guerreros muestran su descontento y quieren vengarse de Quetzalcoatl, supone uno que de aquella lucha entre un pueblo y un solo hombre van á nacer complicaciones difíciles de resolver; se piensa en la raza azteca, valiente é indomable; y por otra parte se considera que el extranjero debe luchar, sufrir y hasta sacrificarse en aras de la idea que ha venido á predicar. Su valor debería llegar al heroísmo, su voluntad de hacer el bien á la más generosa abnegacion y ningun afecto pequeño y fugaz debería detenerlo en su camino. Y si despues de presentar estos combates, hubiese el Sr. Chavero traído sobre Quetzalcoatl una catástrofe inmensa y no merecida, cuyo origen hubiera estado igualmente en la idea que abrigaba en su alma, entonces, sí, quizá habría podido haber tragedia.

¿Pero qué vemos en lugar de esto? Una obra comenzada y no proseguida, pasiones comunes, flaquezas, debilidades, traiciones y hasta faltas de dignidad y de decoro. Quetzalcoatl no tiene un solo rasgo que lo eleve sobre los que lo rodean y lo haga terrible, grande, ó que despierte en su favor la piedad de los espectadores. Ninguna energía se descubre en él, ninguna

fortaleza tiene para obrar, ningun afecto sacrifica á alguna idea grandiosa,—que es lo que principalmente podía darle cierto carácter extraordinario. El mismo amor que lo ligaba á Xóchitl es débil y vulgar. ¿Por qué la deja? ¿Por qué es ingrato con ella, precisamente cuando más necesitaba de su apoyo por haber quedado huérfana y loca?—Semejante conducta es consecuencia natural de la que ántes observó, al entregar á su esposa al guerrero Huitzilihuitl. En un personaje del carácter que debe suponerse á Quetzalcoatl, es increíble, inexplicable y absurda, aquella docilidad con que obedece el mandato de Xóchitl. ¿Por qué consiente en darla á su rival? ¿No era éste su enemigo y prisionero? ¿Y qué derecho le asistía, además, para exigir el cumplimiento de la promesa, si él por su parte había faltado y había sido traidor?—Todavía se comprende ménos que reciba á Xóchitl cuando vuelve á sus brazos. ¿Es verosímil que haya quedado impassible ante aquella escena de humillacion? El famoso Quetzalcoatl, por esto solo, no infunde *terror ni compasion* en el auditorio, sino desprecio.

Por lo dicho hasta aquí se verá que el protagonista de la obra del Sr. Chavero no es personaje trágico. ¿Lo serán los otros? Creo que tampoco. Huemác es un ambicioso que quiere escalar el trono, y que unas veces se manifiesta irritado contra el usurpador extranjero, y otras lo adula para ganarse su voluntad. Papántzin es otro carácter falso: hombre sin dignidad ni valor, ve con cierta tibieza la suerte de su hija, y no tiene nunca un rasgo de energía para ven-

garse; muere arrepentido de haber hecho la guerra á Quetzalcoatl y confiesa, segun ántes observé, que era el *mejor monarca*. Huitzilihuitl es un traidor repugnante, un amante brutal, y su muerte ni conmueve ni despierta compasion en el auditorio. En fin, creo que ni los personajes ni los acontecimientos del *ensayo trágico* del Sr. Chavero llenan las condiciones que debieran.

En cuanto al estilo, tampoco le hallo muy propio: paréceme que aquellas razas valerosas y heróicas debieron haber hablado un lenguaje que estuviese en armonía con sus sentimientos de altivez é independencía. La versificación es lánguida, fría y algo dura: carece de cierta fluidez, frescura y naturalidad que acaso darían interés á la obra, ya que, desgraciadamente, las escenas son monótonas y están faltas de movimiento.

